

Nombrado don García de Toledo virey de Sicilia en premio de esta conquista, partió para su destino, dejando en Córcega á Juan Andrés Doria con algunas banderas, otras en Génova con Estéfano Doria y don Lorenzo Suarez de Figueroa, y pagó y licenció las tropas alemanas. La conquista del Peñon de la Gome-
ra, tanto como llenó de alegría á las provincias meridionales de España, inquietó y alarmó á las berberiscas, las cuales recurrieron al sultan suplicándole emprendiera arrojar de él y de todas las posesiones de Africa á los españoles. Pero al propio tiempo le instaban sus súbditos á que tomara venganza de los caballeros de Malta, que en todas las empresas ayudaban á los españoles. Soliman, aunque cargado ya de años, no menos ambicioso que en su juventud, determinó vengarse á un tiempo de la orden de Malta y del rey de España. Indeciso algun tiempo sobre si dirigiria primero sus fuerzas á Malta ó á Sicilia, resolvió por último acometer primeramente aquel baluarte de los caballeros cristianos. Pero esta empresa por las grandes proporciones que tomó, y no pertenecer ya á las posesiones españolas de Africa, merece ser referida separadamente.

valiers de Malte.—Discurso de la jornada que se ha hecho con las galeras que adelante se espresarán en este año de 1564 por mandado de la Magestad del Rey de España don Felipe II. nuestro señor, siendo capitán general de la mar el excelente señor don García de Toledo.—Archivo del excelentísimo señor marqués de Santa Cruz, núm. 15 del legajo 6.—Y en el tomo XIV. de la Coleccion de documentos inéditos.

CAPITULO IV.

MALTA.

1565.

Memorable sitio de Malta por la armada y ejército de Turquía.—Medidas de defensa del gran maestro de la orden La Valette.—Atacan los turcos á San Telmo.—Defensa brillante de los caballeros de la religion.—Carácter imperturbable y heroico del gran maestro.—Hechos repetidos de heroismo.—Asaltos: resistencia vigorosa: conflictos: sacrificios sublimes.—Peligro de la isla.—Reclama el gran maestro el socorro prometido de España.—Contestaciones del virey de Sicilia.—Dilaciones.—Conducta de Felipe II. en este negocio.—Causas de la detencion del socorro de España.—Llega la armada española á Malta.—Fuga y derrota de la escuadra y ejército otomano.—Inmortalidad que alcanzó el gran maestro La Valette.—Temores de nueva invasion por mayor ejército turco.—Se desvanecen.—Muerte de Soliman II.

Para quedar desembarazados de las guerras que por este tiempo movieron á España los infieles, y con que distrajeron las fuerzas marítimas de este reino, vamos á dar cuenta del memorable sitio que contra todo el poder del imperio otomano sufrió la isla de Malta, que hizo inmortal el nombre del gran maestro de los caballeros de aquella orden Juan Parisot de

La Valette, y del gran servicio que con su socorro hizo el rey Felipe II. á toda la cristiandad.

No atendió el viejo Soliman II. á las fuertes razones con que el anciano y experimentado Mahomet le aconsejaba que dirigiera sus fuerzas contra las posesiones españolas de Sicilia antes que contra Malta. En su deseo de vengarse de los caballeros de esta orden escuchó mejor á los aduladores bajáes que lisonjaban su pasión, y á las esclavas favoritas de su serallo, resentidas de los caballeros porque acababan de apresar un galeon en que iba la nodriza de su hija Roxelana. Resuelto pues á arrojar aquellos caballeros religiosos de la isla de Malta, como en otro tiempo los habia arrojado de la de Rodas, mandó que con toda prontitud se armáran todas las galeras de su imperio; ordenó á sus vireyes de Argel y de Trípoli, Hassen y Dragut, que estuvieran dispuestos á unirse con sus corsarios á la armada turca; encomendó el mando de esta al almirante Pialy y el del ejército de tierra al veterano Mustafá-Baja, y les encargó que obraran de concierto con Dragut, el mas experimentado y conocedor de aquellos mares. Cuando el gran maestre de Malta Juan Parisot de La Valette supo que todos aquellos formidables preparativos del turco iban dirigidos contra él y contra su religion, invocó el auxilio de los príncipes cristianos, y principalmente del pontífice y del rey de España.

Ademas de los motivos de agradecimiento que

Felipe II. tenia á los caballeros de Malta por los grandes servicios que habian hecho siempre á España en todas las guerras y empresas contra los turcos, conocia sobradamente que Malta era la salvaguardia de sus estados, y que perdida aquella isla peligraban mucho sus dominios de Africa y de Italia. Asi pues, desde luego resolvió hacer los esfuerzos mas vigorosos por defenderla, é inmediatamente dió orden de aparejar una armada, y escribió á sus vireyes y aliados de Italia que viesen de tener prontos veinte mil hombres de desembarco para el primer aviso. Lleno con esto de confianza el gran maestre, dióse á activar los preparativos para la defensa de la isla: formó compañías de todos los habitantes capaces de llevar armas; llamó todos los caballeros ausentes; reclutó en Italia dos mil hombres, y antes que llegara el enemigo pasó revista á setecientos caballeros y ocho mil quinientos soldados, comprendidos los españoles que le envió el virey de Sicilia. Distribuyó convenientemente la tropa, cuidó del buen estado de las fortificaciones y almacenes, alentó á todos con enérgicas palabras, y esperó el venerable anciano con serenidad los acontecimientos.

No se hicieron estos esperar mucho. A mediados de mayo (1565) se presentó delante de Malta la armada turca, fuerte de doscientas naves y de cuarenta y cinco mil hombres, muchos de ellos genizaros, los soldados mas temibles del imperio. Desembarca-

ron y se derramaron en la campaña de la isla, sembrando la muerte, la desolacion y el incendio, á fin de infundir desde luego el espanto y la consternacion. Sin embargo el valeroso y hábil comendador Copier mostró bien no haberse dejado aterrado por la invasion, puesto que cayendo de improviso sobre los destacamentos turcos les mató mil y quinientos hombres, perdiendo él solos ochenta. Pero estas pérdidas, aunque pequeñas, podian perjudicar mucho á la defensa general, y así llamó el gran maestre á Copier, y dió orden para que todos permaneciesen en sus respectivos puestos. Determinó el general turco atacar el fuerte de San Telmo con una batería de cañones de grueso calibre, reemplazando las trincheras que la posicion no permitia hacer con parapetos de tablas y vigas fuertes, sostenidas con tierra mezclada de paja y juncos. El gobernador de San Telmo despachó al caballero La Cerda á decir al gran maestre que el fuerte no podria resistir mas de una semana: «¿Pues qué pérdida habeis sufrido, le preguntó La Valette, para que tan pronto desespereis?—El castillo, respondió el mensajero, debe mirarse como un enfermo estenuado y sin fuerzas, que no puede sostenerse sino con remedios y socorros continuos.—Pues yo seré el médico, repuso el gran maestre; y llevaré conmigo otros, que si no pueden curaros el miedo, á lo menos sabrán impedir que los infieles se apoderen del castillo.» Y ya estaba resuelto á ir él mismo con un cuerpo de su

confianza, cuando en fuerza de las razones y las instancias de los demas caballeros para que no saliese de la ciudad donde tan necesaria era su presencia, accedió á enviar al caballero Medrano, que gozaba gran reputacion de valeroso, hábil y prudente.

Cuando comenzaban los turcos á conocer por las bajas de sus filas que el gobierno de San Telmo habia entrado en manos mas enérgicas y vigorosas, bien que no sin ganar á su vez algunas ventajas, arribó á las aguas de Malta el terrible Dragut con trece galeras de Trípoli, llevando consigo otro famoso pirata llamado Uluch Alí, renegado calabrés, (junio, 1565). A los pocos dias llegó tambien el virey de Argel, Hassen-Bajá, con veintiocho galeras bien provistas y municionadas, en que iban tres mil turcos renegados y genizaros llamados *los bravos de Argel*. Con esto el sitio y combate del castillo se apretó de manera que no podian gozar un momento de reposo los cristianos, y una mañana al romper el dia, hallándose estos vencidos del cansancio y tomados del sueño, se vieron sorprendidos por los turcos que matando los centinelas habian asaltado el rebellin. Muchos fueron degollados en la primera arremetida, pero puesta en armas la guarnicion, sostuvo un recio, prolongado y reñidísimo combate desde el amanecer hasta el medio dia, en que los cristianos perdiéron tres caballeros de la orden y cien soldados, los infieles cerca de tres mil; lo cual obligó á Mustafá á enviar tropas frescas y á

reforzar los atrincheramientos, siendo cada vez mayor el aprieto de la escasa guarnicion.

De tal manera se veia esta apurada, aun con el refuerzo que le envió La Valette, que acordó despachar al mismo Medrano para que representase al gran maestro que era imposible sostener ya el fuerte sino por algunos dias, y eso tal vez á costa de perecer toda la guarnicion. La mayor parte de los caballeros de la órden opinaban y aconsejaban á La Valette que se abandonára la fortaleza, y se empleara aquella gente con mas provecho en defender los otros fuertes de la isla. Harto conocia el gran maestro la triste situacion de la plaza y la suerte infeliz que aguardaba á sus defensores. Pero penetrado tambien de que la conservacion de Malta y de la órden dependia de la duracion del sitio, guiado del principio de que en estremos casos por la salud de todo el cuerpo hay que hacer el sacrificio de dejar amputar un miembro, resuelto á emplear este remedio heróico, *«Decid á los caballeros, le contestó á Medrano, que se acuerden de los votos que han hecho, de sacrificar su vida en defensa de la religion, que yo les enviaré socorros, y que iré yo mismo á morir con ellos antes que entregar el castillo á los infieles.»* Con esta respuesta algunos juraron sepultarse bajo las ruinas del fuerte antes que rendirle, pero los mas volvieron á esponerle que si á la noche siguiente no les enviaba barcos para salir del castillo, tentarian ellos á salir espada en mano, resuel-

tos á morir todos á trueque de no sufrir otra muerte mas ignominiosa si eran tomados por asalto. *«Para morir con honra, contestó el venerable y heróico maestro, no basta hacerlo con las armas en la mano; es menester ademas el mérito de la obediencia: si abandonais el fuerte, no hay que esperar socorros del virey, y tras la ignominia de abandonar vuestro puesto os vereis reducidos á mas desesperada situacion que la que quereis evitar.»*

Y con pretesto de examinar el estado del fuerte, pero con el verdadero fin de ir entreteniendo la guarnicion, envió tres comisionados para que le informasen. Hiciéronlo dos de ellos en sentido de que era imposible sostener por mas tiempo el sitio. Mas el tercero, el príncipe griego Constantino Castrioto, opinó que aun no era la situacion tan desesperada, y en prueba de ello se ofreció á encerrarse en el castillo con las tropas que quisieran seguirle. Tan digna resolucion no dejó de encontrar imitadores, y animado con esto La Valette escribió á los del castillo que ya tenia nuevas tropas que le defendieran, y que ellos saldrian en los mismos barcos que las llevaran. *«Volved aquí, hermanos míos, les decia, y vos estareis mas seguros y yo mas tranquilo.»* Estas palabras entre dulces y amargas hirieron en lo mas vivo el pundonor de aquellos caballeros, y suplicaron al gobernador Medrano intercediera con su superior para que les permitiese borrar con nueva conducta su pasada falta. Recibió La Va-

lette esta súplica por medio de un nadador correo; regocijóse en el fondo de su alma, pero fingiendo una firmeza que á él mismo le enternecía, respondió: «*Prefero un cuerpo de tropas nuevas á veteranos que no se someten á la disciplina militar.*» Acabó esta contestacion de comprometer la delicadeza de aquellos caballeros religiosos, y todos juraron morir en su puesto. Era lo que se habia propuesto conseguir el político y valeroso La Valette.

El sitio y los combates prosiguieron con una furia y una heroicidad increíbles, sin que á nadie arredrara la muerte de los compañeros que á todas horas veía caer delante ó al lado. Abochornado [ya Mustafá de tanta resistencia, hizo jugar la artillería toda, y cuando tuvo arrasadas las murallas hasta su cimiento de roca viva, dispuso un asalto general (16 de julio), debiendo acercarse al propio tiempo Pialy con la armada á la fortaleza. Seis horas duró el ataque sin poder ganar los turcos un palmo de terreno, y Mustafá mandó tocar á retirada. Ordenó luego estender la línea para ver de incomunicar á los sitiados y batir al propio tiempo las castillos de San Miguel y Santángel. En esta operacion recibió una herida el famoso Dragut por cuyo consejo se hizo, de la cual sucumbió á los pocos dias el antiguo gefe de piratas y terror de los cristianos. No uno sino cuatro asaltos volvió á dar Mustafá con su gente en un solo dia (21 de julio), y todos fueron rechazados por los malteses con una fir-

meza que raya en lo inverosímil é inaudito. Avisado el gran maestre por otro nadador de la situacion estrema de los de San Telmo, despachó en su socorro muchas barcas con los que se ofrecieron voluntarios á arrostrar una muerte cierta. El auxilio fué infructuoso, porque no pudieron forzar la línea de las naves enemigas. Viéndose infatiblemente perdidos los sitiados, preparáronse á morir cristianamente, recibieron los sacramentos, se abrazaron todos con ternura, y hasta los enfermos se hicieron conducir en andas á las brechas.

Imposible era ya resistir á otro asalto que dieron los turcos la mañana del 23 (julio); y sin embargo, aun peleó aquel puñado de valientes mas de cuatro horas. Todos murieron heroicamente, escepto tres que se salvaron á nado. Las banderas otomanas se plantaron sobre escombros y sobre cadáveres. Cuando Mustafá reconoció el fuerte exclamó: «¿Qué no hará el padre, cuando el hijo que es tan pequeño nos ha costado nuestros mas bravos soldados?» Esta admiracion debió haberle inspirado siquiera algun respeto á los inanimados cuerpos de tan valientes enemigos, y no saciar, como lo hizo, su brutal venganza arrancándoles los corazones y poniéndolos en cruz como en escarnio del símbolo de su fé. Indignado á la vista de tan bárbaro espectáculo el gran maestre, hizo degollar todos los prisioneros turcos, y cargando los cañones con sus cabezas como si fuese metralla,

las hizo arrojar al campo enemigo: «Que aprenda el bajá, decía, á hacer la guerra con menos ferocidad.» La defensa del castillo de San Telmo de Malta es una de aquellas en que ha llegado al mas alto punto el heroísmo. Sesenta mil balas de cañon habian arrojado los turcos contra el fuerte.

Con esto y con cañonear despues simultáneamente el Burgo y el castillo de San Miguel, creyó Mustafá acabar de intimidar al gefe de aquella caballería religiosa, y le envió un mensagero intimándole se rindiese: *Ved*, le dijo el imperturbable anciano La Valette al mahometano enseñándole el foso, *ved el único espacio que pensamos ceder á vuestro general para sepultura suya y de sus genizaros.* Irritado el musulman con tan altiva respuesta, redobló con furia el faego y los ataques. Mustafá con sus genizaros, y Hassen con sus *bravos de Argel*, no dejaron medio, ni esfuerzo, ni artificio que no empleáran para batir las fortalezas y reducir tan obstinada gente. Pero todo lo frustraba La Valette con su vigilancia, con su valor y con su prudencia. Combate hubo en que de cuatro mil infieles que acometieron por un lado, solo quedaron con vida quinientos, y estos heridos los mas, sirviendo los otros para cubrir el puerto de armas rotas y de cuerpos despedazados. Rebosando ya de rabia el bajá, y temeroso de que llegáran los auxilios de España, que nunca creyó hubieran tardado tanto, resolvió emplear todas las fuerzas simultánea-

mente, las de mar al mando de Pialy contra la ciudad, las suyas y las del virey argelino contra el fuerte de San Miguel. El turco y el africano dirigieron los ataques á la fortaleza con personal arrojo, pero siempre sus guerreros fueron rechazados por los soldados de la religiosa caballería cristiana, saliendo denodadamente á las trincheras con espada en mano.

Algo mas feliz el almirante Pialy, habia logrado desmantelar las obras exteriores de la ciudad, que defendia en persona el gran maestro de los cruzados, y abrir muy anchas brechas en los muros. En tal conflicto celebró consejo de la órden para deliberar lo que habria de hacerse. Los mas opinaron que deberian trasladarse todos al castillo de Santangel, y conducir alli las reliquias de los santos. Desaprobado por La Valette este dictámen como inconveniente, propusieronle otros que por lo menos retirára del peligro su persona, protestando que ellos sabrian defender la ciudad hasta morir. «*No, hermanos mios, les respondió el respetable é impertérrito anciano; aqui debemos vencer ó morir todos. ¿Podria yo á la edad de setenta y un años acabar mi vida mas gloriosamente que con mis hermanos y amigos en defensa de nuestra santa religion?*» Y comenzó á dar las mas activas y oportunas providencias, y aquella misma noche se levantaron parapetos y trincheras, y hasta fué atacada la guardia avanzada enemiga, que huyó

con precipitación creyendo que cargaba sobre ella toda la fuerza reunida de los cristianos.

Suponemos ya al lector impaciente por ver llegar el auxilio de España, como lo estarían los desgraciados malteses, y deseoso de saber si llegó y las causas que pudieron retrasarle tanto.

El rey don Felipe había encargado á don García de Toledo, el conquistador del Peñon, nombrado virey de Sicilia en reemplazo del duque de Medinaceli, el de la desgraciada expedición á los Gelbes, que espiara la armada turca y tuviera las galeras preparadas en Mesina, y escribió á sus aliados y feudatarios de Italia que levantáran tropas.

El gran maestre de Malta pedía al virey de Sicilia los prometidos socorros de España, y don García de Toledo se contentaba con enviarle cuatro galeras con cuatrocientos soldados y algunos caballeros de la religión y otros castellanos conducidos por don Juan de Cardona y el maestre de campo Robles. Cuando llegó Cardona á Malta, ya se había perdido el castillo de San Telmo. A las nuevas instancias que La Valette hacía á don García de Toledo para que le socorriese, respondía el virey que esperaba la incorporación de diez mil italianos y completar las noventa galeras que el rey le había prometido, con mandamiento de no aventurarlas. El genovés Juan Andrea Doria, el italiano Pompeyo Colona y otros caudillos de la armada, pedían los dejara ir con algunas gale-

ras y compañías en socorro de los malteses aventurando sus personas, pero á todo oponía el virey obstáculos y entorpecimientos. Y el auxilio se difería, mientras los turcos estrechaban de cada día mas á los esforzados caballeros de la órden. Arrostrando no pocos peligros logró La Valette despachar otro correo al virey de Sicilia avisándole la situación angustiosa en que se hallaba; y la respuesta del virey fué que estuviera cierto de que le socorrería conforme el rey le tenía mandado, en cuanto llegáran los de Toscana, y que no le maravillára tanta dilación teniendo él que obrar por las órdenes que de España recibiese ⁽¹⁾.

¿Podrá creerse, en vista del comportamiento del monarca español y de su virey en Sicilia, que Felipe diferiera calculadamente el socorro, como opinaban algunos historiadores ⁽²⁾, no queriendo arriesgar su armada hasta poder atacar con ventaja segura la de los turcos, cuando viera á estos debilitados de resultas del sitio? Y en este caso, si como político obró con prudencia y como convenia al provecho propio, ¿correspondía á la generosidad con que los caballeros de Malta se habían sacrificado siempre en las empresas de los monarcas españoles, y á lo que demandaba la causa de la cristiandad, espuesta á perder su mas

(1) Sobre las repetidas reclamaciones del gran maestre La Valette, las contestaciones dilatorias del virey de Sicilia, y la conducta del rey don Felipe en este negocio, pueden verse los capitulos 24,

25 y 27 del libro VI. de la Historia de Felipe II., por don Luis de Cabrera.

(2) Véase Watson, Historia del reinado de Felipe II., lib. VI.

fuerte y precioso baluarte, pendiente solo acaso de la vida del gran maestre, que de milagro parecía se salvaba de tantos y tan diarios peligros? No es tanto de sentir el cargo que sobre esto puedan hacerle escritores extranjeros que no le son adictos, como el que se trasluce y desprende del relato de historiadores españoles que le eran aficionados.

Nunca, sin embargo, había desconfiado el gran maestre de que dejara de socorrerle, mas ó menos tarde ó temprano, la armada española. De aqui, haber cifrado su salvacion en prolongar todo lo posible la defensa de la isla. Al fin divisaron los sitiados con júbilo las naves de España conducidas por el famoso defensor del castillo de los Gelbes don Alvaro de Sande, Ascanio de la Corgne, Vicencio Vitelli y otros buenos capitanes de mar, con seis mil soldados españoles, tres mil italianos y mil y quinientos aventureros de ambas naciones (5 de setiembre, 1565). Volvióse don García á Sicilia para embarcar la demas gente que allá quedaba, pero no fué menester. Engañado Mustafá sobre el número de las galeras, y creyendo tener sobre sí toda la fuerza marítima de España, levantó precipitada y aturdidamente el sitio, retirando la guarnicion de San Telmo, y abandonando la artillería gruesa. Dos veces cayó su caballo, como si participara de la consternacion de su dueño. Atrope llábanse con el miedo los turcos, y caian muchos al mar ó se dejaban acuchillar por los españoles, y hu-

bieran perecido muchos mas si Pialy no hubiera tenido tan prontas las galeras para recibirlos. Antes de alejarse los turcos vieron tremolar las banderas de la orden de Malta sobre el castillo de San Telmo, donde poco antes habian ondeado los estandartes de Soliman. Cuando Mustafá supo que no pasaban de seis mil los soldados españoles que le habian atacado, mesábase las barbas de pensar en su afrenta, y juraba que no tardaria en volver con mayor poder á acabar de destruir á Malta.

Tal fué el feliz remate que tuvo para la cristiandad el famoso y memorable sitio de la isla de Malta, que hizo célebre en el mundo y eternizó en la historia el nombre del gran maestre Juan Parissot de La Valette. De los cuarenta y cinco mil mahometanos que vinieron á combatir una estéril roca solo volvieron catoree mil, estropeados y llenos de ignominia. El terrible Dragut encontró alli su sepultura, y los nombres de Pialy, de Mustafá y de Hassen, que se pronunciaban ó con respeto ó con espanto en Europa y en Africa, perdieron su prestigio en las áridas riberas de una isla. Todas las naciones de la cristiandad celebraron este suceso con regocijo, y el rey de España, el mas interesado en el triunfo, envió un mensaje espreso á La Valette para felicitarle por su triunfo, y le regaló una espada y un alfange con puño de oro macizo guarnecido de diamantes, en testimonio de su admiracion y de su aprecio, obligándose ademas á pa-

garle cierta cantidad anual para ayuda de reparar las fortificaciones destruidas ⁽¹⁾.

Sentido el turco Soliman de esta desgracia, y como supiese las disposiciones de defensa y resistencia que tomaban el gran maestre, el rey don Felipe, el virey de Sicilia, el de Nápoles y todos los príncipes de Italia, él también quiso hacer otro grande esfuerzo y se propuso juntar hasta quinientas velas mayores y menores con ochenta mil combatientes, para lo cual puso en contribucion todos sus señorios y ciudades de Africa, Asia y Europa. Pero sucesos posteriores hicieron que todo aquel formidable aparato fuera á descargar á Hungría, donde acabó su larga vida el anciano Soliman II., terrible y poderoso enemigo de la cristiandad, mientras sus tropas asolaron aquel reino, quedando entretanto acá Felipe II. desembarazado y libre para atender á otros cuidados, que no eran pocos ni pequeños.

(1) Baudouin, Historia de Malta.—Vertot, Historia del orden de Malta.—Cabrera, Historia de Felipe II., lib. VI.

Entre las obras que hizo el gran maestre despues que se vió libre

de los enemigos, fué una ciudad y puerto en la costa septentrional de la isla, que aun conserva el nombre de La Valette, su glorioso fundador.

CAPITULO V.

RENTAS DEL ESTADO.—CORTES.

LOS HUGONOTES.—CONCILIO DE TRENTO.

de 1560 á 1566.

Situacion económica del reino.—El dinero que venia cada año de Indias.—Déficit en las rentas.—Gastos de la casa real.—Remedios que proponia el Consejo de Hacienda.—Venta de vasallos.—Pronunciada opinion del reino contra la amortizacion eclesiástica.—Lo que sobre ello se proponia en todas las Córtes.—Lo que respondia el rey.—Errores económicos: leyes suntuarias: pragmática de los trages.—Córtes de Aragon.—Petición contra los inquisidores.—Felipe II. y los protestantes de Francia.—Lastimosa situacion de aquel reino.—Guerras civiles y religiosas.—Los hugonotes.—La reina Catalina: los Guisas: los Borbones: Condé.—El tumulto de Amboise.—Matanzas horribles.—Auxilios de Felipe de España á los católicos.—El edicto de Amboise.—Entrevista de las reinas de Francia y España en Bayona.—Nueva convocacion del concilio de Trento.—Parte principal que en él tuvo Felipe II.—Graves disputas entre Felipe y el papa Pio IV.—Firmeza de carácter de los embajadores y obispos españoles.—Número de prelados que asistieron al concilio.—Decretos sobre dogma, disciplina y reforma.—Terminacion del concilio.—Cómo fué recibido en cada nacion.—Cédula de Felipe II. mandándole guardar y observar.—Lo que se debió á los reyes de España relativamente al concilio.—Eminentes prelados, teólogos y varones españoles que á él asistieron.

Hablando en el capítulo II. acerca de la situacion económica del reino, de las necesidades y apuros del